

La Editorial Costa Rica acaba de publicar un libro que es una contribución seria y permanente a la literatura costarricense.

Se trata de la novela **LOS PERROS NO LADRARON**, de Carmen Naranjo.

A Carmen Naranjo se la conocía como una poetisa honda, tierna y sensible.

Su novela es recia, ruda y también sensible, como su poesía.

"Los Perros no ladraron" es la novela de la clase media de San José; de la clase media burocrática. Una novela sin ambages, sin contemplaciones y sin eufemismos.

Es la novela de una multitud, reflejada en un hombre, con algo de hombre-multitud.

El empleado. Con problemas familiares, con problemas sentimentales, con problemas de oficina, con fugas hacia la mesa de tragos y las queridas.

El hombre oscuro y anónimo que está detrás de un escritorio rumiando frustraciones.

Tan oscuro y tan anónimo, que la autora no lo nombra. No llegamos a saber cómo se llama, a pesar que vivimos con él un día, un largo día.

El protagonista de esta novela —a pesar de su anonimato— no es simbólico, como los de las obras de Kafka o de los expresionistas. Puede ser arquetipo, pero no es símbolo.

Es un hombre común y corriente, pero con carne propia, huesos propios y sangre propia. Los problemas que vive y le acosan no son trascendentales sino nimios. Pero la autora nos obliga no sólo a presenciarlos sino a participar de ellos.

Y esa participación a que nos compele, es la que le da a la novela el carácter de cosa general, de estudio social, dentro del concepto acertado de que a lo general sólo puede irse, en arte, por la vía de lo particular. Sólo porque ese hombre es un hombre con personalidad propia, consigue convertirse en el representante de todos los hombres.

De todos los hombres de una clase, de una ciudad y de una época, de "aquí y ahora", como reza el título de un libro reciente que con menos fortuna quiso ser algo ligeramente similar a lo que éste es.

No incurre Carmen Naranjo, en "Los Perros no ladraron" en ninguno de los vicios de sentimentalismo y visión parcial de las cosas, de que frecuentemente se acusa —y con justicia— a la novelística femenina. Al contrario, con intuición sorprendente, penetra la autora en un mundo de hombres, y ni lo observa con visión desfigurada, ni lo desfigura ella misma.

Mañana domingo —día que usualmente dedicamos a comentar los libros que se van publicando— seguiremos hablando de esta novela excepcional en nuestra literatura.